Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Catequesis

Audiencia General - Año de la fe 2012-2013

Dios revela su "designio de benevolencia"

5 de diciembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El apóstol san Pablo, al comienzo de su Carta a los cristianos de Éfeso (cf. Ef 1,3-14), eleva una oración de bendición a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos introduce a vivir el tiempo de Adviento, en el contexto del Año de la fe. El tema de este himno de alabanza es el proyecto de Dios respecto al hombre, definido con términos llenos de alegría, de estupor y de acción de gracias, como un «*designio de benevolencia*» (Ef 1,9), de misericordia y de amor.

¿Por qué el Apóstol eleva a Dios, desde el fondo de su corazón, esta bendición? Porque mira su obrar en la historia de la salvación, que alcanza su cumbre en la encarnación, muerte y resurrección de Jesús, y contempla cómo el Padre celestial nos ha elegido antes aun de la creación del mundo para ser sus hijos adoptivos en su Hijo Unigénito Jesucristo (cf. Rm 8,14 s.; Ga 4,4 s.). Nosotros existimos en la mente de Dios desde la eternidad, en un gran proyecto que Dios ha custodiado en sí mismo y que ha decidido poner por obra y revelar «*en la plenitud de los tiempos*» (cf. Ef 1,10). San Pablo nos hace comprender, por lo tanto, cómo toda la creación y, en particular, el hombre y la mujer no son fruto de la casualidad, sino que responden a un designio de benevolencia de la razón eterna de Dios, que con el poder creador y redentor de su Palabra da origen al mundo. Esta primera afirmación nos recuerda que nuestra vocación no es simplemente existir en el mundo, estar insertados en una historia, ni tampoco ser solo criaturas de Dios; es algo más grande: es ser elegidos por Dios, antes aun de la creación del mundo, en el Hijo, Jesucristo. En Él, por lo tanto, nosotros ya existimos, por decirlo así, desde siempre. Dios nos contempla en Cristo como hijos adoptivos. El «*designio de benevolencia*» de Dios, que el Apóstol califica también como «*designio de amor*» (Ef 1,5), es descrito como «*el misterio*» de la voluntad divina (Ef 1,9), oculto y ahora manifestado en la Persona y en la obra de Cristo. La iniciativa divina precede a toda respuesta humana: es un don gratuito de su amor que nos envuelve y nos transforma.

¿Cuál es el fin último de este designio misterioso? ¿Cuál es el centro de la voluntad de Dios? Es —nos dice san Pablo— el de «*recapitular en Cristo todas las cosas*» (Ef 1,10). En esta expresión encontramos una de las formulaciones centrales del Nuevo Testamento que nos hacen comprender el designio de Dios, su proyecto de amor para toda la humanidad; una formulación que, en el siglo II, san Ireneo de Lyon tomó como núcleo de su Cristología: "recapitular" toda la realidad en Cristo. Tal vez alguno de vosotros recuerde la fórmula usada por el papa san Pío X para la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús: «*Instaurare omnia in Christo*», fórmula que remite a esta expresión paulina y que era también el lema de ese santo Pontífice. El Apóstol, sin embargo, habla más precisamente de recapitulación del universo en Cristo, y ello significa que, en el gran designio de la creación y de la historia, Cristo se erige como centro de todo el camino del mundo, piedra angular de todo, que atrae a Sí toda la realidad, para superar la dispersión y las limitaciones, y conducir todo a la plenitud querida por Dios (cf. Ef 1,23).

Este «*designio de benevolencia*» no ha quedado, por decirlo así, en el silencio de Dios, en la altura de su Cielo, sino que Él lo ha dado a conocer entrando en relación con el hombre, a quien no ha revelado solo algo, sino a Sí mismo. Él no ha comunicado simplemente un conjunto de verdades, sino que se ha autocomunicado a nosotros, hasta ser uno de nosotros, hasta encarnarse. El Concilio Ecuménico Vaticano II dice en la Constitución Dogmática *Dei Verbum*: «*Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo —no solo algo de sí, sino a sí mismo— y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina*» (n. 2). Dios no solo dice algo, sino que se comunica; nos atrae hacia la naturaleza

divina de tal modo que quedamos implicados en ella, divinizados. Dios revela su gran designio de amor entrando en relación con el hombre, acercándose a él hasta el punto de hacerse, Él mismo, hombre. Continúa el Concilio: «*Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cf. Ba 3,38), para invitarlos y recibirlos en su compañía*» (ibíd.). El hombre, solo con su inteligencia y sus capacidades, no habría podido alcanzar esta revelación tan luminosa del amor de Dios. Es Dios quien ha abierto su Cielo y ha bajado para guiar al hombre a su amor insondable.

Escribe también san Pablo a los cristianos de Corinto: «*Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman. Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu, pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios*» (1Co 2,9-10). Y san Juan Crisóstomo, en una célebre página de comentario al comienzo de la Carta a los Efesios, invita a gustar toda la belleza de este «*designio de benevolencia*» de Dios revelado en Cristo, con estas palabras: «*¿Qué es lo que te falta? Te has convertido en inmortal, en libre, en hijo, en justo, en hermano, en coheredero; con Cristo reinas, con Cristo eres glorificado. Todo nos ha sido donado y —como está escrito— "¿cómo no nos dará todo con Él?" (Rm 8,32). Tu primicia (cf. 1Co 15,20.23) es adorada por los ángeles (...): ¿qué es lo que te falta?*» (PG 62, 11).

Esta comunión en Cristo por obra del Espíritu Santo, ofrecida por Dios a todos los hombres con la luz de la revelación, no es algo que se sobreponga a nuestra humanidad, sino que es la realización de las aspiraciones más profundas, de aquel deseo de infinito y de plenitud que alberga en lo más íntimo el ser humano; y lo abre a una felicidad no momentánea ni limitada, sino eterna. San Buenaventura de Bagnoregio, refiriéndose a Dios, que se revela y nos habla a través de las Escrituras para conducirnos a Él, afirma: «*La Sagrada Escritura es (...) el libro en el cual están escritas palabras de vida eterna para que no solo creamos, sino también poseamos la vida eterna, en la cual veremos, amaremos y se realizarán todos nuestros deseos*» (*Breviloquium*, Prol.; *Opera Omnia* V, 201 s.). Por último, el beato papa Juan Pablo II recordaba que «*la Revelación introduce en la historia un punto de referencia del cual el hombre no puede prescindir, si quiere llegar a comprender el misterio de su existencia; pero, por otra parte, este conocimiento remite constantemente al misterio de Dios, que la mente humana no puede agotar, sino solo recibir y acoger en la fe*» (Encíclica *Fides et ratio*, 14).

Desde esta perspectiva, ¿qué es, por lo tanto, el acto de fe? Es la respuesta del hombre a la revelación de Dios, que se da a conocer, que manifiesta su designio de benevolencia; es, por usar una expresión agustiniana, dejarse aferrar por la Verdad que es Dios, una Verdad que es Amor. Por ello, san Pablo subraya cómo a Dios, que ha revelado su misterio, se le debe «*la obediencia de la fe*» (Rm 16,26; cf. Rm 1,5; 2Co 10,5-6), la actitud con la cual «*el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela*» (*Dei Verbum*, 5). Todo esto conduce a un cambio fundamental en el modo de relacionarse con toda la realidad; todo se ve bajo una nueva luz, y se trata, por lo tanto, de una verdadera "conversión". Fe es un "cambio de mentalidad", porque el Dios que se ha revelado en Cristo y ha dado a conocer su designio de amor, nos aferra, nos atrae a Sí, se convierte en el sentido que sostiene la vida, la roca sobre la que la vida puede encontrar estabilidad. En el Antiguo Testamento encontramos una densa expresión sobre la fe, que Dios confía al profeta Isaías a fin de que la comunique al rey de Judá, Acaz. Dios afirma: «*Si no creéis —es decir, si no os mantenéis fieles a Dios— no subsistiréis*» (Is 7,9b). Existe, por lo tanto, un vínculo entre *ser* y *comprender* que expresa bien cómo la fe es acoger en la vida la visión de Dios sobre la realidad; dejar que sea Dios quien nos guíe con su Palabra y con los sacramentos para entender qué debemos hacer, cuál es el camino que debemos recorrer, cómo vivir. Al mismo tiempo, sin embargo, es precisamente comprender según Dios, ver con sus ojos lo que hace fuerte la vida, lo que nos permite "estar de pie" y no caer.

Queridos amigos, el Adviento, el tiempo litúrgico que acabamos de iniciar y que nos prepara para la santa Navidad, nos coloca ante el misterio luminoso de la venida del Hijo de Dios, el gran «*designio de benevolencia*» con el cual Él quiere atraernos a sí, para hacernos vivir en plena comunión de alegría y de paz con Él. El Adviento nos invita una vez más, en medio de tantas dificultades, a renovar la certeza de que Dios está presente: Él ha entrado en el mundo, haciéndose hombre como nosotros, para llevar a plenitud su plan de amor. Y Dios nos pide que también nosotros nos convirtamos en signo de su acción

en el mundo. A través de nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra caridad, Él quiere entrar siempre de nuevo en el mundo, y quiere hacer resplandecer siempre de nuevo su luz en nuestra noche.

*(***Saludo** *a los peregrinos de lengua española y* **llamamiento** *ante la grave crisis humanitaria en el este de la República Democrática del Congo)*

Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Catequesis

Audiencia General - Año de la fe 2012-2013

Dios revela su "designio de benevolencia"

5 de diciembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El apóstol san Pablo, al comienzo de su Carta a los cristianos de Éfeso (cf. Ef 1,3-14), eleva una oración de bendición a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos introduce a vivir el tiempo de Adviento, en el contexto del Año de la fe. El tema de este himno de alabanza es el proyecto de Dios respecto al hombre, definido con términos llenos de alegría, de estupor y de acción de gracias, como un «*designio de benevolencia*» (Ef 1,9), de misericordia y de amor.

¿Por qué el Apóstol eleva a Dios, desde el fondo de su corazón, esta bendición? Porque mira su obrar en la historia de la salvación, que alcanza su cumbre en la encarnación, muerte y resurrección de Jesús, y contempla cómo el Padre celestial nos ha elegido antes aun de la creación del mundo para ser sus hijos adoptivos en su Hijo Unigénito Jesucristo (cf. Rm 8,14 s.; Ga 4,4 s.). Nosotros existimos en la mente de Dios desde la eternidad, en un gran proyecto que Dios ha custodiado en sí mismo y que ha decidido poner por obra y revelar «*en la plenitud de los tiempos*» (cf. Ef 1,10). San Pablo nos hace comprender, por lo tanto, cómo toda la creación y, en particular, el hombre y la mujer no son fruto de la casualidad, sino que responden a un designio de benevolencia de la razón eterna de Dios, que con el poder creador y redentor de su Palabra da origen al mundo. Esta primera afirmación nos recuerda que nuestra vocación no es simplemente existir en el mundo, estar insertados en una historia, ni tampoco ser solo criaturas de Dios; es algo más grande: es ser elegidos por Dios, antes aun de la creación del mundo, en el Hijo, Jesucristo. En Él, por lo tanto, nosotros ya existimos, por decirlo así, desde siempre. Dios nos contempla en Cristo como hijos adoptivos. El «*designio de benevolencia*» de Dios, que el Apóstol califica también como «*designio de amor*» (Ef 1,5), es descrito como «*el misterio*» de la voluntad divina (Ef 1,9), oculto y ahora manifestado en la Persona y en la obra de Cristo. La iniciativa divina precede a toda respuesta humana: es un don gratuito de su amor que nos envuelve y nos transforma.

¿Cuál es el fin último de este designio misterioso? ¿Cuál es el centro de la voluntad de Dios? Es —nos dice san Pablo— el de «*recapitular en Cristo todas las cosas*» (Ef 1,10). En esta expresión encontramos una de las formulaciones centrales del Nuevo Testamento que nos hacen comprender el designio de Dios, su proyecto de amor para toda la humanidad; una formulación que, en el siglo II, san Ireneo de Lyon tomó como núcleo de su Cristología: ”recapitular” toda la realidad en Cristo. Tal vez alguno de vosotros recuerde la fórmula usada por el papa san Pío X para la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús: «*Instaurare omnia in Christo*», fórmula que remite a esta expresión paulina y que era también el lema de ese santo Pontífice. El Apóstol, sin embargo, habla más precisamente de recapitulación del universo en Cristo, y ello significa que, en el gran designio de la creación y de la historia, Cristo se erige como centro de todo el camino del mundo, piedra angular de todo, que atrae a Sí toda la realidad, para superar la dispersión y las limitaciones, y conducir todo a la plenitud querida por Dios (cf. Ef 1,23).

Este «*designio de benevolencia*» no ha quedado, por decirlo así, en el silencio de Dios, en la altura de su Cielo, sino que Él lo ha dado a conocer entrando en relación con el hombre, a quien no ha revelado solo algo, sino a Sí mismo. Él no ha comunicado simplemente un conjunto de verdades, sino que se ha autocomunicado a nosotros, hasta ser uno de nosotros, hasta encarnarse. El Concilio Ecuménico Vaticano II dice en la Constitución Dogmática *Dei Verbum*: «*Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo —no solo algo de sí, sino a sí mismo— y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina*» (n. 2). Dios no solo dice algo, sino que se comunica; nos atrae hacia la naturaleza divina de tal modo que quedamos implicados en ella, divinizados. Dios revela su gran designio de amor entrando en relación con el hombre, acercándose a él hasta el punto de hacerse, Él mismo, hombre. Continúa el Concilio: «*Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cf. Ba 3,38), para invitarlos y recibirlos en su compañía*» (ibíd.). El hombre, solo con su inteligencia y sus capacidades, no habría podido alcanzar esta revelación tan luminosa del amor de Dios. Es Dios quien ha abierto su Cielo y ha bajado para guiar al hombre a su amor insondable.

Escribe también san Pablo a los cristianos de Corinto: «*Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman. Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu, pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios*» (1Co 2,9-10). Y san Juan Crisóstomo, en una célebre página de comentario al comienzo de la Carta a los Efesios, invita a gustar toda la belleza de este «*designio de benevolencia*» de Dios revelado en Cristo, con estas palabras: «*¿Qué es lo que te falta?*

Te has convertido en inmortal, en libre, en hijo, en justo, en hermano, en coheredero; con Cristo reinas, con Cristo eres glorificado. Todo nos ha sido donado y —como está escrito— "¿cómo no nos dará todo con Él?" (Rm 8,32). Tu primicia (cf. 1Co 15,20.23) es adorada por los ángeles (...): ¿qué es lo que te falta?» (PG 62, 11).

Esta comunión en Cristo por obra del Espíritu Santo, ofrecida por Dios a todos los hombres con la luz de la revelación, no es algo que se sobreponga a nuestra humanidad, sino que es la realización de las aspiraciones más profundas, de aquel deseo de infinito y de plenitud que alberga en lo más íntimo el ser humano; y lo abre a una felicidad no momentánea ni limitada, sino eterna. San Buenaventura de Bagnoregio, refiriéndose a Dios, que se revela y nos habla a través de las Escrituras para conducirnos a Él, afirma: «*La Sagrada Escritura es (...) el libro en el cual están escritas palabras de vida eterna para que no solo creamos, sino también poseamos la vida eterna, en la cual veremos, amaremos y se realizarán todos nuestros deseos*» (*Breviloquium*, Prol.; *Opera Omnia* V, 201 s.). Por último, el beato papa Juan Pablo II recordaba que «*la Revelación introduce en la historia un punto de referencia del cual el hombre no puede prescindir, si quiere llegar a comprender el misterio de su existencia; pero, por otra parte, este conocimiento remite constantemente al misterio de Dios, que la mente humana no puede agotar, sino solo recibir y acoger en la fe*» (Encíclica *Fides et ratio*, 14).

Desde esta perspectiva, ¿qué es, por lo tanto, el acto de fe? Es la respuesta del hombre a la revelación de Dios, que se da a conocer, que manifiesta su designio de benevolencia; es, por usar una expresión agustiniana, dejarse aferrar por la Verdad que es Dios, una Verdad que es Amor. Por ello, san Pablo subraya cómo a Dios, que ha revelado su misterio, se le debe «*la obediencia de la fe*» (Rm 16,26; cf. Rm 1,5; 2Co 10,5-6), la actitud con la cual «*el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela*» (*Dei Verbum*, 5). Todo esto conduce a un cambio fundamental en el modo de relacionarse con toda la realidad; todo se ve bajo una nueva luz, y se trata, por lo tanto, de una verdadera "conversión". Fe es un "cambio de mentalidad", porque el Dios que se ha revelado en Cristo y ha dado a conocer su designio de amor, nos aferra, nos atrae a Sí, se convierte en el sentido que sostiene la vida, la roca sobre la que la vida puede encontrar estabilidad. En el Antiguo Testamento encontramos una densa expresión sobre la fe, que Dios confía al profeta Isaías a fin de que la comunique al rey de Judá, Acaz. Dios afirma: «*Si no creéis —es decir, si no os mantenéis fieles a Dios— no subsistiréis*» (Is 7,9b). Existe, por lo tanto, un vínculo entre *ser* y *comprender* que expresa bien cómo la fe es acoger en la vida la visión de Dios sobre la realidad; dejar que sea Dios quien nos guíe con su Palabra y con los sacramentos para entender qué debemos hacer, cuál es el camino que debemos recorrer, cómo vivir. Al mismo tiempo, sin embargo, es precisamente comprender según Dios, ver con sus ojos lo que hace fuerte la vida, lo que nos permite "estar de pie" y no caer.

Queridos amigos, el Adviento, el tiempo litúrgico que acabamos de iniciar y que nos prepara para la santa Navidad, nos coloca ante el misterio luminoso de la venida del Hijo de Dios, el gran «*designio de benevolencia*» con el cual Él quiere atraernos a sí, para hacernos vivir en plena comunión de alegría y de paz con Él. El Adviento nos invita una vez más, en medio de tantas dificultades, a renovar la certeza de que Dios está presente: Él ha entrado en el mundo, haciéndose hombre como nosotros, para llevar a plenitud su plan de amor. Y Dios nos pide que también nosotros nos convirtamos en signo de su acción en el mundo. A través de nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra caridad, Él quiere entrar siempre de nuevo en el mundo, y quiere hacer resplandecer siempre de nuevo su luz en nuestra noche.

*(***Saludo** *a los peregrinos de lengua española y* **llamamiento** *ante la grave crisis humanitaria en el este de la República Democrática del Congo)*